

pequeños núcleos rurales, que ha sido hasta hace poco el retrato robot de los seguidores de Le Pen. La extrema derecha actual recoge los restos de esa explosión de malestares diversos que sufren los ciudadanos de muy diversa condición social en el seno de las democracias en crisis de representación.

*Eduardo González Calleja*

PETER FRITZSCHE: *De alemanes a nazis, 1914-1933*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2006, 260 págs.

Ocho años después de ver la luz en su edición original, aparece ahora la versión española de este trabajo apasionante de Peter Fritzsche, un libro que, en medio de las toneladas de hojas impresas sobre el nacionalsocialismo, brinda una interpretación singular sobre el nacimiento y expansión de aquel fenómeno de masas surgido en el período de entreguerras. Interpretación singular, en primer lugar, por ceñirse al plano de las ideas y de la cultura desmarcándose de las interpretaciones políticas o estructurales más clásicas, pero también por indagar en el complejo plano de la formación de las identidades colectivas desde la perspectiva de los ciudadanos de a pie, de los hombres y mujeres anónimos que nutrieron las filas de este movimiento. Y singular, igualmente, por alejarse de las visiones condenatorias y morales para explicar con distanciamiento las raíces de un experimento político por definición inquietante, que marcó con huella indeleble la historia del mundo en el siglo xx. En la medida en que el autor subraya el poder de atracción de sus ideas igualitarias para muchos millones de alemanes, hace ver cómo ese igualitarismo de raíz popular terminó por sustanciarse en un movimiento a todas luces totalitario en virtud de una combinación *sui generis* de nacionalismo y democracia: «El nazismo atrajo a tantos alemanes debido a su amplia base social, a su populismo y a su retórica antielitista. Su racismo y su antisemitismo probablemente realzaron más que socavaron la imagen popular del movimiento. Por consiguiente, el nazismo está más cerca de nuestras tradiciones políticas de lo que nos gusta creer».

La tesis del libro se explicita claramente desde su arranque: en última instancia, el nazismo habría sido la culminación de una revolución nacional iniciada no con el colapso de la monarquía alemana en 1918 sino con el estallido de la guerra en 1914. Quince años después, la Gran Depresión le brindó un marco ideal para su crecimiento, pero ello no implica que este movimiento pueda ser reducido a mera reacción frente a una época de crisis económica o, yendo más atrás, a una respuesta al Tratado de Versalles, por más que resultara una afrenta incuestionable para la mayoría de los alemanes. El populismo nacional-socialista surgió y se desarrolló mucho antes de la llegada del Partido Nazi al poder, incluso mucho antes de su nacimiento. Inspirado en la idea de la *Volksgemeinschaft* (comunidad del pueblo), ese nacionalismo popular, reflejado en múltiples

y dispares manifestaciones sociales, culturales y políticas, resistió en nombre de la nación a la izquierda marxista, pero también se definió por contraposición a las elites tradicionales. Fue la guerra la que produjo la transformación de la idea de nación que tanto ascendiente social alcanzó en Alemania, tanto en la izquierda como en la derecha del espectro político, y que luego, más adelante, capitalizarían en provecho propio los nazis. Por ello no se les puede considerar de forma aislada como ha sido habitual hacerlo, porque ellos se beneficiaron de los éxitos de movimientos y organizaciones anteriores de amplia y heterogénea sustentación popular. Los alemanes se volvieron nazis porque quisieron volverse nazis y porque los nazis hablaron con elocuencia a sus intereses y recogieron con eficacia sus inclinaciones. Si los nazis obtuvieron mayorías tan decisivas en 1932 y 1933 en un alto grado se debió a su condición de innovadores ideológicos así como al hecho de apartarse de las tradiciones políticas establecidas, sabiendo identificarse con una forma claramente popular de nacionalismo y con las reformas sociales básicas que anhelaba la mayoría del país: «El nazismo prosperó en la medida en que parecía constituir una alternativa tanto a la república democrática como a las tradiciones del imperio. En muchos sentidos, es engañoso caracterizar a los nacionalsocialistas como un partido de derecha; tanto ellos como millones de alemanes tomaban en serio los aspectos “sociales” y supuestamente progresistas de su programa político.»

La originalidad de este libro se proyecta también al trascender las típicas narraciones lineales y omnicomprendivas al uso. Aunque se ciñe al período 1914-1933, en realidad constituye una secuencia impresionista que se para en tres momentos claves: los inicios de la *Gran Guerra*, su final y el año en que los nazis subieron al poder, contextos entre los que el autor atisba una línea de continuidad clara por encima de sus peculiaridades temporales específicas. La primera imagen —porque con imágenes arrancan los tres vértices de la narración— viene dada por la muchedumbre concentrada en la Odeonplatz de Múnich el 2 de agosto de 1914, foto en la que se detecta la presencia de ese indigente pintor austriaco llamado a cambiar la historia de Alemania y del mundo entero, Adolfo Hitler. Al diseccionar su significado, el autor reflexiona sobre cómo los ciudadanos se echaron a la calle en toda Alemania para expresar el sentimiento compartido de ser alemanes al calor de la explosión de nacionalismo popular —marchas, canciones marciales, banderas, uniformes, calles atestadas con gentes electrizadas por la emotividad del momento— que siguió a la declaración de guerra en aquel verano, al poco del atentado de Sarajevo. Una ola recordada más tarde como los *Días de Agosto*, que inauguraron un período en el que las diferencias de clase, credo y religión parecieron borrarse, transmitiendo la impresión de que el pueblo (el *Volk*) se había forjado en una sola pieza. La consiguiente lucha por la supervivencia y las actividades colectivas emprendidas para afrontar la *guerra total* constituyeron su correlato en los cuatro años que vinieron a continuación, sentando un precedente que Hitler perseguiría a posteriori el resto de su vida; es decir, la recuperación de ese sentimiento de

unión inmovible basado en un nacionalismo de origen étnico y en el aut sacrificio del pueblo. Un nacionalismo de nuevo cuño que trascendía las manifestaciones identitarias oficiales previas en las que el pueblo había jugado un papel menor. El protagonismo del pueblo era algo completamente nuevo, que conseguía proyectar la nación como una colectividad más abarcativa y menos jerárquicamente constituida.

En el período que siguió a la fecha crucial de 1914 se afirmó un sentimiento de identidad alemán más intenso, incluso en una región tan díscola como Baviera, debilitándose por el contrario la tradicional lealtad a la Monarquía. La guerra, lejos de romper la sociedad civil, transformó el nacionalismo alemán, confiriéndole mayor profundidad emocional al ligarlo con la reforma social y la ampliación de los derechos políticos del pueblo. De hecho, el conflicto completó el proceso de unificación nacional inconcluso desde la fundación del Reich en 1871. Tanto en el frente como en la retaguardia, las diferencias sociales y políticas se difuminaron, anudándose la camaradería y la solidaridad interclasiasta hasta extremos impensables poco antes. Es más, las penurias inherentes al conflicto —inflación, carestía, racionamiento, muertos, inválidos— apenas habrían minado la moral de aquella sociedad. La mayoría de los ciudadanos (mujeres, ancianos y niños incluidos) se organizaron para sostener el esfuerzo de guerra, al tiempo que los soldados cumplían las órdenes y mantenían incólume el sentimiento de pertenencia a la nación que justificaba su lucha. Millones de personas compartieron la efusiva retórica de armonía social, como también los socialistas —grupos minoritarios al margen—, que se integraron como nunca en la comunidad nacional al sentarse las bases de un orden capitalista cooperativo donde los derechos de los trabajadores recibieron un reconocimiento público sin precedentes. Tanto fue así que la guerra fortaleció a los sindicatos y al Partido Socialdemócrata. Fritzsche llama la atención sobre cómo, pese a las increíbles penurias que atravesó la población alemana en estos años, sólo un número sorprendentemente pequeño de ciudadanos rompió la tregua política establecida al inicio de la guerra. Prueba de ello habrían sido la magnitud limitada de los disturbios populares y la escasa atracción de las fuerzas antisistema (socialistas independientes y espartaquistas) entre el electorado.

Ni siquiera la abdicación del Káiser ni la revolución popular que le siguió habrían roto aquel andamiaje solidario. Fritzsche matiza la interpretación más comúnmente aceptada de aquella revolución, considerada bajo una lógica de acción-reacción entre el protagonismo proletario y la consiguiente respuesta de las clases medias y las elites burguesas. De hecho, enfatiza, la posición de los trabajadores fue cualquier cosa menos unánime, y desde luego menos radical de lo que muchos autores han apuntado. La mayoría socialdemócrata, claramente comprometida en la construcción de la democracia de Weimar, se afirmó frente a la derrota de los sectores radicales bolchevizados, de por sí minoritarios. Mucho habrían tenido que ver en ello los ecos de la retórica de *Los Días de Agosto* y las experiencias solidarias y de servicio a la comunidad

ensayadas durante la guerra. Pero también la movilización mesocrática, equiparable en intensidad con la que nutrieron las clases trabajadoras. Tanto es así que la organización en 1918-1919 de grupos de interés de ese origen —granjeros, empleados, funcionarios, comerciantes, artesanos— no hallaba parangón en la historia de Alemania. Las elecciones a la Asamblea Nacional del 19 de enero de 1919 dieron buena cuenta de la fuerza de la movilización de las clases medias, al conceder una clara mayoría (53%) a los partidos que las representaban frente a los socialdemócratas y la izquierda revolucionaria considerados conjuntamente. Si los sindicatos socialistas experimentaron un crecimiento impresionante en 1919 (7 millones de afiliados a finales de año), no menos impresionante fue la proliferación y arraigo del asociacionismo mesocrático (al menos otros 4 millones), claro emulador de las fórmulas de encuadramiento de los primeros. Y es que, como bien señala el autor, al igual que en otros países (incluida España, como el que suscribe se ha encargado modestamente de demostrar): «Esa movilización del interés es uno de los rasgos más sorprendentes de la vida política y social alemana después de 1918», una suerte de corporativismo remozado que se dirigió a lograr el reconocimiento político de los propios derechos y aspiraciones.

En la misma onda, aunque en otro plano, habría que situar al millón de alemanes que fueron reclutados con una rapidez sorprendente en actividades y organizaciones paramilitares —*freikorps*, guardias cívicas— enfocadas a contener la amenaza de la revolución, un fenómeno que «no fue esa simple criatura de la reacción que suelen retratar como tal», sino más bien la expresión de una tendencia populista que también ayudaría a conformar poco a poco el nacionalismo radical que perseguía la unidad social y política de la nación, y que también podía considerarse heredera de los movimientos populares de solidaridad de la guerra. Para millones de alemanes, de hecho, la lucha contra los socialistas o comunistas se concibió cada vez más como la lucha en defensa de la nación. En su conjunto, todos los impulsos citados expresaron que la consecuencia más reseñable de la revolución de noviembre de 1918 no fue tanto el gobierno parlamentario que estableció como la organización y el activismo de miles de ciudadanos que hizo posible.

En su recorrido impresionista, al dar el salto a 1933 y preguntarse por la multitud que se echó a la calle para celebrar la designación de Hitler como canciller de Alemania, Fritzsche se plantea la clásica pregunta de por qué en torno al 40% del electorado alemán depositó su confianza en los nazis en 1932 y en 1933 y por qué los partidos conservadores (el Partido Nacional del Pueblo Alemán, el Partido Liberal y el Partido Católico del Centro) les brindaron la mayoría de dos tercios que necesitaban en el Parlamento para poder dismantelar la democracia a través de una legislación de emergencia. Y aquí es cuando nuestro autor explaya una respuesta que en modo alguno se ajusta a los parámetros interpretativos más tradicionales. A su juicio, la explicación que toma como punto de referencia el Tratado de Versalles y la Gran Depresión no resulta satisfactoria. El

primero, porque la política exterior no jugó un papel importante en el realineamiento del comportamiento electoral alemán, ya que casi todas las fuerzas políticas —incluidos los socialdemócratas— rechazaban el tratado, y además el voto nazi masivo fue muy posterior y surgió de unas campañas electorales, las de 1930 y 1932, que centraron sus mensajes en cuestiones de política interna. Más verosimilitud para explicar el triunfo del nazismo muestra para el autor el factor de la crisis económica por lo que tuvo de desintegración del tejido social. Sin duda ayudó a la expansión del movimiento, pero la conexión con su ascenso no fue tan automática como muchos historiadores han sostenido. Esta explicación pierde de vista las tendencias a largo plazo previas a 1930 en las que el nacional-socialismo apoyó su impresionante despegue. Como en la inmediata posguerra, también a lo largo de los años veinte continuaron manifestándose los impulsos nacional-populistas autoritarios y antisocialistas de diverso signo —grupos de intereses mesocráticos, *Stahlhem* (Cascos de Acero)— que, tras desligarse de los partidos conservadores y liberales, sirvieron después de plataforma a los nazis. A diferencia de los promotores de tales impulsos, los hitlerianos supieron combinar el orgullo nacional con la reforma social como nadie y siempre con la vista puesta en el futuro. El gran esfuerzo organizativo realizado por ellos entre 1924 y 1929, trazado pacientemente a diario en todos los recovecos de la vida cotidiana, los catapultó a los éxitos electorales de principios de los años treinta mucho más que la Gran Depresión. Sus desvelos les hicieron ganar credibilidad por su genuina sensibilidad populista al cultivar el mensaje de que su opción iba dirigida a mejorar la vida de los alemanes comunes y corrientes: «los nazis parecían ser para millones de protestantes y católicos los representantes de un auténtico partido del pueblo». Pero a diferencia de los socialdemócratas, insistían en que el suyo tenía un propósito nacional.

El intento era deliberado: incorporar a los alemanes en un destino colectivo y presentar a Hitler como el salvador de la nación. Con tal fin idearon la coreografía para el inicio de la nueva Alemania que aunaría a todos sus miembros como ya ocurriera en los *Días de Agosto* de 1914, que de nuevo volvían a la palestra cual mito fundacional originario. El empeño de atraer a todas las categorías sociales a esa empresa común era claro, incluidos también los asalariados, lo que llevaba a los nazis a distanciarse abiertamente de las fuerzas reaccionarias que habían apadrinado el nacionalismo prebélico. Era lo que más atraía de los nazis: su idea de nación basada en el *Volk*, que se correspondía tanto con el nacionalismo popular de las clases medias como con las sensibilidades socialistas de los trabajadores. Ni la Alemania del Káiser ni la de Weimar habían conseguido aunar la renovación nacional con la reforma social. Los nazis trenzaron hábilmente las hebras de la izquierda y la derecha políticas alentando una auténtica revolución nacional. Para ellos, el reconocimiento social de los trabajadores y su bienestar estaban indisolublemente unidos a la nación. En este sentido, puede afirmarse que el éxito les sonrió más que satisfactoriamente: casi un tercio de sus votantes salieron de los medios laborales, y muchos de sus votantes fueron obreros industriales proceden-

tes en parte de la socialdemocracia (un 10% en 1933). Desde este punto de vista, el nacionalsocialismo evocaba los esfuerzos cooperativos de la guerra, constituyendo así «la culminación de un proceso de movilización popular que se remontaba a 1914 y más allá aún». De hecho, afirma contundentemente Fritzsche, en enero de 1933 los nazis constituían el partido más grande y socialmente más diverso de Alemania: «Nunca antes la historia moderna alemana había visto un movimiento popular tan inmenso».

Ya instalado en el poder, Hitler produjo un verdadero impacto por el simple hecho de honrar públicamente la contribución de los trabajadores manuales a la construcción nacional, como reflejó el 1 de mayo de 1933 en el campo de Tempelhof, el primer gran acto de una tendencia reiterada en los años sucesivos. De ahí la amplia legitimidad social que también alcanzó el nuevo régimen en ese espectro social, aunque las actitudes evidentemente no fueran uniformes. La conclusión última de Fritzsche resulta categórica, por escandalosa que pueda resultar a propios y extraños: «Considerar a los nazis, como muchos observadores todavía lo hacen, como un movimiento conservador o reaccionario o pequeñoburgués que formaba las tropas de choque de los grandes capitalistas es perder de vista la destrucción que provocaron en los partidos tradicionales y las formas revolucionarias de legitimidad política que validaron. Su agresivo nacionalismo y virulento antisemitismo no borraba su atractivo populista y anti-capitalista (como tampoco el amplio atractivo del nazismo exculpa el racismo, la violencia y la intolerancia que promovió).»

*Fernando del Rey*

ZEEV STERNHELL: *Les anti-Lumières: du XVIII<sup>e</sup> siècle à la guerre froide*, Fayard, Paris, 2006, 590 págs.

El título de este nuevo libro de Zeev Sternhell no le hace entera justicia, aun siendo preciso. Porque si es cierto que se trata de una historia crítica de la génesis y el desarrollo del pensamiento antiilustrado, escrita con la erudición y meticulosidad que caracterizan toda la obra del autor, también lo es que su alcance trasciende los límites de esa historia para transformarse en una urgente llamada de alerta, un manifiesto político e intelectual en defensa de la democracia, la igualdad y los derechos del hombre y el ciudadano. Construido como una polifonía, en el libro suena un continuo que avanza *in crescendo* y se hace más sólido y apasionado a medida que se acerca a la época contemporánea.

La exposición, densa, abundante en referencias y generosa en las citas, reitera la afirmación de que el mundo tal como es no es el único posible. Ésa es la verdadera clave de bóveda de un libro que culmina en muchos sentidos una obra de cuatro décadas en la que el historiador israelí ha analizado los orígenes intelectuales del desastre europeo del siglo XX, el nacionalismo y el fascismo. Des-